

El tigre blanco

Edith Villalobos

Mi abuelo paterno era un hombre de carácter fuerte y muy estricto, más sin embargo era una persona bondadosa y de un gran corazón. A mi abuelo lo caracterizaba su amor por los niños en general, pero especialmente por sus nietos. Era un hombre serio, callado con la gente mayor, pero muy juguetón con los niños. Cuando se sentaba a platicar con nosotros, mientras nosotros hablábamos, él se comía toda una sandilla y solamente nos escuchaba. Le encantaba contarnos de sus aventuras cuando él era niño o de las payasadas de mi padre y sus hermanos.

La primera vez que vi a mi abuelo, yo solamente tenía un año, y no fue hasta la segunda vez que mis padres me llevaron a México que tuve la oportunidad de convivir más con él. Recuerdo que cuando llegaba de trabajar encendía el radio y bailaba conmigo; era una de las partes favoritas del día para mí. Pero mi aventura favorita, que es la que me hace recordar a mi abuelo con mucho cariño, pasó cuando regresé por tercera vez a México. El viaje fue especial por el hecho de que fuimos solamente mi papá y yo a ese viaje.

Mi papá acompañó a mi abuelo a trabajar a Molina; así se llaman las tierras de labor de mi abuelo. Yo insistí que yo quería ir adonde fueran ellos. Yo tenía solamente cinco años, y todo lo que hacía mi abuelo me impresionaba muchísimo. Recuerdo estar sentada en un tronco de árbol observando cómo mi abuelo derribaba árboles grandísimos con solamente unos cuantos hachazos. De pronto se me antojó hacer algo diferente: iba ir a explorar acompañada por el Coca, el pequeño perro viejo de mi abuelo que desde que llegué fue mi inseparable compañero.

Acababa de llover y la tierra estaba húmeda. Por lo tanto, los gusanos salían de sus casas, y yo con un palo los movía y los recogía. Estaba muy entretenida en mi juego cuando de repente noté que el Coca empezó a olfatear y estaba un poco incómodo. El perro empezó a escarbar furiosamente. Corrí hacia donde estaba y me hiqué viéndolo atentamente. Me imaginaba que iba a descubrir un tesoro, o un mapa que me llevaría a un tesoro. Cuando terminó de escarbar y vi lo que había descubierto, suspiré porque era un gran tigre blanco.

Nos quedamos allí, observando nuestro hallazgo. “Le tengo que decir a papá”, pensé. Corrimos lo más rápido que pudimos, y por cierto no fue mucho porque tan cortas eran las piernas del Coca como las mías. Cuando encontré a mi papá y a mi abuelo, hablando más con las manos que con palabras por tanta emoción, traté de explicarles lo que habíamos encontrado. Al creer mi historia, ellos se apresuraron a seguirnos, caminando rápidamente detrás de mí y mi compañero. Cuando llegamos al hoyo, ellos vieron el animal y soltaron la risa los dos. Yo no entendía lo cómico de esta situación, pero después de varios minutos de reírse por fin pudo hablar mi papá para explicarme que sólo era un mapache. “Es un tigre”, le discutía. “Tiene razón mi niña; es un tigre blanco”, dijo mi abuelo con una enorme sonrisa.

Al regresar a la casa de mis abuelos, les empecé a contar a todos de mi aventura. Con gran seriedad, mi abuelo les describía el tigre blanco que nos encontramos; emocionados, los otros también lo querían ir a ver.